

IN MEMORIAM. JESÚS MARTÍN MARTÍN

Han pasado ya más de diez meses desde que el 7 de enero falleciera Chus, víctima de una enfermedad implacable a la que siempre plantó cara. El golpe fue tan duro que todavía algunos no lo hemos superado y sentimos una terrible amargura cada vez que aflora su recuerdo. A pesar de ello, cuando la Señora Presidenta del Centro de Estudios Salmantinos me propuso que participara en este acto y pronunciara unas palabras, acepté de inmediato, obligado por el cariño que siento hacia Chus. Así que voy a intentar juntar unas palabras para poner de relieve su singularidad humana y profesional, y dejar constancia de lo que hemos perdido con su desaparición.

Chus nació en La Matilla en 1944 y creció en Segovia. Es un recuerdo entrañable para mí, y creo que también para algunos de los presentes, la ilusión con la que nos enseñó los lugares predilectos de su infancia, en la excursión inolvidable a su ciudad con la que festejamos su 68 cumpleaños.

La Física era la gran pasión de Chus. Estudió la carrera en la Universidad Complutense de Madrid donde se licenció en 1966 y conoció a Fina, su mujer. Inmediatamente de terminar su carrera fue contratado como “Profesor Auxiliar de Ecuaciones Diferenciales” hasta finales de 1968, cuando se marchó a París con una beca del gobierno francés, para completar su formación en el Instituto Henri Poincaré. Allí se quedó hasta junio del 71 y allí conoció a Luis Bel, su director de tesis, con quien volvió a Madrid, a la Universidad Autónoma, para trabajar como “Profesor Contratado de Física General” hasta diciembre del 73. Fue en la Autónoma donde defendió su tesis doctoral en 1972 sobre “Simetría axial en relatividad general”.

Regresó de nuevo a Francia, a la Facultad de Ciencias de la Universidad VI de París, en la que estuvo hasta septiembre del 75, fecha en la que regresó a la Autónoma para hacerse cargo de las enseñanzas de “Mecánica Teórica” como Adjunto interino, hasta diciembre del 77. En enero del 78 se incorporó a la Universidad del País Vasco como “Profesor Agregado Numerario de Mecánica Teórica”, plaza que ocupó hasta el final del curso académico 79-80.

Chus llegó a Salamanca en 1980 como Profesor Agregado Numerario de “Física Matemática”, hasta que pasó a Catedrático de Universidad adscrito al área de Física Teórica en 1983. Sin duda, ha sido en Salamanca donde Chus ejerció largamente su carrera, hasta su jubilación en 2013, prestigiando con su trabajo a la Universidad y llegando a ser uno de los físicos teóricos más destacados e influyentes del país.

Es importante resaltar que Chus nunca abandonó su formación, visitando periódicamente durante muchos años, hasta poco antes de su jubilación, los centros franceses de investigación puntera.

Respecto a los méritos en investigación que Chus tenía no entraré en detalles, porque el lenguaje y la naturaleza de su ciencia impedirían su comprensión por muchos

de nosotros. Únicamente me limitaré a referir que, entre las especialidades a las que dedicó su atención, figuraban: la gravitación, la astrofísica, la cosmología relativista, la geometría diferencial, los sistemas dinámicos relativistas y la mecánica teórica. En todas ellas destacó y fue referente, como prueban sus publicaciones en libros y revistas. Prueba de su liderazgo científico es el hecho de que Chus fuera un significativo promotor de la “Sociedad Española de Gravitación y Relatividad”, así como de los “Encuentros Relativistas Españoles”, que comenzaron a finales de los 70 y que luego se convirtieron en un prominente congreso internacional.

Sólo me queda lamentar que su fallecimiento nos ha privado de escuchar el discurso sobre las “Ondas Gravitatorias” que preparaba para su ingreso en el CES. ¡Lástima! Porque muchos perdimos la oportunidad de acercarnos a un tema tan actual y comprenderlo, mediante las sencillas explicaciones de un gran maestro.

Chus estaba excepcionalmente dotado para la docencia, por lo que transmitía fácilmente a sus alumnos el entusiasmo que destilaba por la ciencia. Es difícil hacer justicia a sus clases, por lo bien estructuradas, claras y amenas que eran. Chus era capaz de simplificar los temas más difíciles y mostrar claramente los asuntos más complejos. Además, adornaba sus enseñanzas con historias divertidas. Y, gracias a su extraordinario tono de voz y a sus dotes para la interpretación, rápidamente embriajaba y encandilaba a sus alumnos.

Su preocupación por los jóvenes estudiantes le llevó a diversos proyectos editoriales como coautor de textos de Física. Al hilo de esto, les anuncio a ustedes que su último manual universitario lo disfrutaremos pronto, dado el avanzado estado de su publicación por la USAL.

Recordar a Chus sin hacer referencia a su carácter vitalista sería injusto y daría una imagen suya parcial y sesgada. Sus discípulos, que hoy conforman una parte sustancial de la comunidad relativista española, recuerdan con cariño la cercanía, apoyo y cuidado con que los atendió siempre; su continua preocupación porque dispusieran de los fondos necesarios para su trabajo, asistencia a congresos o visitas a otros centros. También recuerdan cómo Chus prolongaba las discusiones de trabajo en el café y cómo los acogía en su casa con cenas, gracias a la hospitalidad de Fina, que solían amenizarse con juegos de manos que a Chus le gustaba practicar.

Chus ocupó diversos cargos en la Universidad, entre los que destaca el de Decano de la Facultad de Ciencias por el notorio éxito de su gestión. Por otra parte, fue el artífice de la instalación y funcionamiento del Péndulo de Foucault que se admira en el claustro del Trilingüe, y también gestionó la visita a Salamanca de insignes científicos como la de Stephen Hawking en 1987.

El sentido tan acentuado que Chus tenía del compromiso social y político era una faceta importante de su personalidad. En los conflictos se oponía siempre con valentía a cualquier tipo de injusticia, solidarizándose con los más perjudicados y

siguiendo *a pie juntillas* la sentencia de Quevedo: “*Nunca he de callar, por mas que con el dedo, / ya tocando la boca, o ya la frente, / silencio avises o amenaces miedo*”.

En los asuntos universitarios su militancia era absoluta, alineado siempre con aquellas opciones universitarias que proponían modelos coherentes con su pensamiento. Así, participó activamente en todas las iniciativas tendentes a la democratización de la Universidad durante la aplicación y desarrollo de la L.R.U., siendo también asiduo, en otros escenarios culturales como, reuniones, tertulias, el Grupo Leonardo o las sucesivas contiendas electorales.

Chus era un erudito que sobrepasaba con creces la dicotomía entre ciencias y letras, adentrándose en disciplinas insospechadas. No era raro verlo en mesas redondas sobre filosofía, religión, o Ilusión e ilusionismo. Es cierto que él pensaba que la Ciencia es el único instrumento esencial para la comprensión del Cosmos, e indispensable para afrontar los desafíos tecnológicos. Psin embargo, no es menos cierto que también estaba convencido de la utilidad de las humanidades en la gestión de la era digital y de los retos culturales futuros. En esa línea con la “Tercera Cultura”, y en el mejor estilo Brockmaniano, ponía como ejemplo la colaboración de lingüistas, filólogos e historiadores, con informáticos para el desarrollo de multitud de aplicaciones (correctores ortográficos, traductores automáticos, reconocimiento de voz, etc.), que usamos a diario.

Conversar con Chus era un deleite, a pesar de que su vehemencia y tendencia al razonamiento, le situaban como protagonista casi siempre. Por otra parte, su presencia imponente llenaba cualquier ambiente, lo cual, unido a su inigualable vozarrón, hacía que inevitablemente sobresaliera del resto. Atendiendo a eso, en su departamento se solía bromear cuando alguien lo buscaba y preguntaba por él: ¿habéis *visto* a Chus? respondían “No está, no lo he *oído*”.

Chus era un hombre singular que no pasaba desapercibido. Su personalidad era tan arrolladora, seductora e insólita que dejó un recuerdo cariñoso en todos los ámbitos salmantinos que frecuentó. Porque él era muy afectivo y disfrutaba con la gente, ya fuera en la calle o en su casa, en la academia o en los bares; porque le gustaba la buena mesa, bien regada y aderezada; y porque su vicio era regalar cosas a todos.

Sus adorables rarezas le conferían cierto punto excéntrico. Coleccionaba bastones de los que siempre portaba uno, abanicos -porque se sofocaba-, monedas, peonzas, lupas, lápices, estilográficas y artilugios de toda condición. El bricolaje le divertía y, como acumuló todo tipo imaginable de utensilios, útiles e inútiles, se construyó un armario, usando esas herramientas ¡claro! ¡para guardarlas metódicamente! Porque Chus también era meticulosamente ordenado, escribía sus cálculos con un lápiz concreto, en un papel especial y usando una plantilla; luego los encuadernaba él mismo a mano. Decía que estudiarlos después daba un gozo especial.

Termino ya. Chus era cercano y amable, inteligente e interesante, además de divertido y muy generoso. Pero, sobre todo, era un hombre optimista que amaba la vida a la que permanentemente se aferraba y consumía a bocanadas.

Muchas gracias por vuestra atención.

Ángel Corrochano Sánchez

Salamanca, 23 de octubre de 2019